

REVISTA DE
ESTUDIOS DE
JUVENTUD

129

→ Septiembre 2025

Crisis Ecosocial y Ecofeminismos



REVISTA DE
ESTUDIOS DE
JUVENTUD

→ Septiembre 2025 | N°

129

**Crisis Ecosocial
y Ecofeminismos**

Coordinadora
Yayo Herrero López

REVISTA DE ESTUDIOS DE JUVENTUD

Dirección

Margarita Guerrero Calderón

Coordinación académica

Yayo Herrero López

Coordinación técnica

Tamar Lavado Huerta
Ana Belén Barriga Camacho
Laura Lobato Escudero
Verónica Balsera Nieto
Teresa Morillo Sánchez

Diseño Gráfico

Editorial MIC

Ilustraciones

Emma Gasco

Edición

© Instituto de la Juventud

Redacción

Observatorio de la Juventud y de las Mujeres Jóvenes

Tel: 91 782 74 82

E-mail: estudios-injuve@injuve.es

Web injuve: www.injuve.es

Biblioteca de Juventud

C/ Marqués del Riscal, 16

Tel: 91 782 74 73

E-mail: biblioteca-injuve@injuve.es

<https://cpage.mpr.gob.es>

Esta publicación ha sido elaborada con papel ecológico con certificación PEFC, en acreditación de su procedencia de bosques sostenibles, y blanqueado respetando los procedimientos ECF (Elementary Chlorine-Free), garantizando así que se trata de papel libre de cloro elemental.



ISSN: 0211-4364

NIPO en papel: 160250054

NIPO en línea: 16025006X

DL: M-41850-1980

Maquetación e impresión

Editorial MIC

Las opiniones publicadas en este número corresponden a sus autores y autoras. El Instituto de la Juventud no comparte necesariamente el contenido de las mismas.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra, así como la distribución y venta de ejemplares.

Índice · Index | Pág. 3

El tema · The topic | Pág. 5

Prólogo · Prologue | Pág. 7

Introducción · Introduction | Pág. 11

1. **Hacia una transición ecosocial justa en clave ecofeminista** | Pág. 19
Towards an ecofeminist eco-social just transition
Yayo Herrero López
2. **Llenar el mundo de futuro. Perspectivas ecofeministas para analizar la ecoansiedad en las personas jóvenes** | Pág. 43
Fill the world with future. Ecofeminist perspectives to analyze ecoanxiety in young people
María González Reyes
3. **La huella colonial en la crisis climática** | Pág. 63
The colonial footprint in the climate crisis
Viviane Ogou Corbi
4. **¿Dónde está la no violencia en nuestra relación con los demás animales? Hacia un ecofeminismo por la paz más allá de nuestra especie** | Pág. 81
Where is non-violence in our relationship with the other animals? Towards an ecofeminism for peace beyond our species
Angélica Velasco Sesma
5. **Juventud y transición energética. De la ecoansiedad a una acción colectiva ecofeminista** | Pág. 95
*Youth and energy transition
From eco-anxiety to ecofeminist collective action*
Alba del Campo Martínez

6. **Futuros en disputa.
Las personas jóvenes en el movimiento ecologista** | Pág. 115
Futures in dispute. Young people in the environmental movement
Sofía Pérez Azula y Juan Pablo Borrega Segovia
7. **Una tierra digna de ser llorada. Militarismo y ecofeminismo** | Pág. 133
A land worth mourning. Militarism and ecofeminism
Marta Pascual Rodríguez
8. **Ecofeminismos para frenar la despoblación rural.
Una mirada del campo desde la ecodependencia
y la interdependencia** | Pág. 153
*Ecofeminisms to stop rural depopulation
A look at the countryside from the perspective of
eco-dependence and interdependence*
Helena Pariente Herrero
9. **Ciudades ecofeministas y cuidadoras
para las generaciones futuras** | Pág. 177
Ecofeminist and caring cities for future generations
Blanca Valdivia Gutiérrez
10. **La urgencia de nuevas narrativas en un mundo fracturado** | Pág. 191
The urgency of new narratives in a fractured world
Pamela Poo Cifuentes
11. **Juventud y economía social y solidaria: experiencias inspiradoras bajo
una mirada colectiva y ecofeminista** | Pág. 211
*Youth and social and solidarity economy: Inspiring experiences from a
collective and ecofeminist perspective*
Concepción Piñeiro García de León y María Atienza de Andrés
- Colaboran en este número · Collaborate in this number** | Pág. 229

2

**Llenar el mundo de futuro.
Perspectivas ecofeministas para
analizar la ecoansiedad en las
personas jóvenes**



María González Reyes
Ecologistas en Acción
mariagonzalezreyes@gmail.com

Llenar el mundo de futuro. Perspectivas ecofeministas para analizar la ecoansiedad en las personas jóvenes

Fill the world with future. Ecofeminist perspectives to analyze ecoanxiety in young people

Resumen. Estamos viviendo un momento de quiebra histórico marcado por una crisis ecosocial sin precedentes. Ante este panorama es normal sentir tristeza, angustia o miedo. Estos sentimientos no son exclusivos de las personas jóvenes, pero es en esa franja de edad en la que se manifiestan de forma cada vez más acuciante. Frente al imaginario colectivo creado por las noticias, las novelas y las series, en el que cualquier distopía parece más realista que pensar que hay otro futuro posible, es imprescindible narrar otras formas de ver el mundo que pongan de manifiesto que, en momentos de incertidumbre, caben no solo las peores sino también las mejores posibilidades. La educación con una perspectiva ecofeminista supone una herramienta clave para conseguirlo.

Palabras clave: ecoansiedad, futuro, educación, esperanza, ecofeminismo.

Abstract. *We are living in a moment of historical bankruptcy marked by an unprecedented ecosocial crisis. Faced with this panorama, it is normal to feel sadness, anguish or fear. These feelings are not exclusive to young people, but it is in this age group that they manifest themselves more and more acutely. Faced with the collective imaginary created by the news, novels and series, in which any dystopia seems more realistic than thinking that there is another possible future, it is essential to narrate other ways of seeing the world that show that, in times of uncertainty, there is room not only for the worst but also for the best possibilities. Education with an ecofeminist perspective is a key tool to achieve this.*

Keywords: *ecoanxiety, future, education, hope, ecofeminism.*

1. Di la primera palabra que piensas si escuchas “Futuro”

La primera vez que pensé alarmada en la visión que tenían algunas (y también algunos) adolescentes sobre el futuro fue hace unos años. Estábamos en clase y les propuse que pensarán una palabra, la primera que les viniera a la cabeza, cuando imaginaban el mundo dentro de cincuenta años. Después tenían que escribirla en la pizarra. En letras blancas sobre fondo verde pusieron muchas cosas. Incertidumbre. Dudas. Angustia. Miedo. Rabia. Tristeza. Cabreo. Temor. Alarma. Inseguridad. Pena. Injusticia. Asustada. Insegura. Aturdida. Bloqueo. Confusa. Incierto. Responsabilidad. Pequeña. Tenían quince y dieciséis años.

Lo comenté en la siguiente reunión que tuve con las familias. Quería que reflexionásemos en conjunto sobre esa mirada del futuro que se configuraba a partir de eso que habían escrito en la pizarra. Ninguna de las personas que estábamos presentes, incluida yo, supimos analizar bien por qué habían elegido esas palabras y no otras. Aun así, salieron algunas ideas: “piensan que estudiar no les va a servir para encontrar trabajo”, “el cambio climático”, “la destrucción de la naturaleza”, “se han quedado sin algo concreto contra lo que luchar”, “les falta imaginación para pensar cómo quieren que sea su futuro”. Todavía no había ocurrido la pandemia.

He seguido haciendo esta misma actividad durante los siguientes cursos y, con algunas variaciones (también escriben ilusión, posibilidades, esperanza), se han repetido muchas de esas palabras que muestran el futuro como algo complicado y hacia lo que no dan ganas de caminar. Sin duda, esto no pasa de ser la vivencia de una profesora con varios grupos de alumnas y alumnos pero, al contrastar con algunos datos de investigaciones que se han hecho recientemente, parece que no se trata de algo tan anecdótico.

Según un informe publicado por la Fundación SM (González-Anleo, Lema y Pérez, 2024), el 47 % de las personas de entre 15 y 29 años piensa que la batalla por salvar el medioambiente ya está perdida y que, se haga lo que se haga, el colapso ecológico ya no es evitable. Las emociones que manifiestan con respecto a la problemática medioambiental se identifican con la impotencia (45 % de las menciones), el miedo (42 %) y la tristeza (36 %).

El 75 % de las personas encuestadas por la revista *The Lancet* opina que el futuro es aterrador (Hickman *et al.*, 2021) y el 56 % afirma que la humanidad está condenada. La encuesta recoge las opiniones de personas de entre 6 y 25 años de diez países distintos. Casi la mitad de las encuestadas afirmó que sus sentimientos y pensamientos sobre el cambio climático afectan negativamente a su vida cotidiana, incluida su capacidad de concentración y estudio, su alimentación, su descanso y el disfrute de sus relaciones.

En otra investigación realizada a estudiantes universitarios de 32 países, en la que se preguntaba por cómo les hacía sentir la desestabilización del clima, publicada en el *Journal of Environmental Psychology* (Ogunbode *et al.*, 2022), casi la mitad dijeron que estaban “muy” o “extremadamente” preocupados y preocupadas por el cambio climático, independientemente del país en el que estaban viviendo.

Es verdad que en estas investigaciones hay sesgo por el lugar de procedencia (el mundo tiene muchos más de 32 países), por la clase social (no toda la población es universitaria o está escolarizada) y por otros muchos factores. Sin embargo, sí son una muestra de algo que está pasando. Esa idea que tiene no toda, pero sí una parte significativa de las generaciones jóvenes actuales, es que el futuro no va a ser mejor que el presente.

En el libro *Una trenza de hierba sagrada*, Robin Wall Kimmerer (Kimmerer, 2021) cuenta que les propuso a sus alumnas y alumnos que dijeran algo, aunque fuera una sola cosa, que pudiera hacer el ser humano por la naturaleza. Dice que eran incapaces de imaginarlo. Que la inmensa mayoría pensaba que no se puede hacer nada. Que los humanos no tenemos capacidad de devolverle a la naturaleza nada de lo que nos da.

Yo también les he preguntado a mis alumnas y alumnos de secundaria. Los resultados han sido parecidos. “Lo mejor que podemos hacer es desaparecer”. “Aislarnos y alejarnos de la naturaleza”. “Morirnos”. “Meternos en un búnker”. Cabe rescatar a una alumna que dijo que podemos plantar árboles, otras dos que hablaron de limpiar los bosques de basura y una cuarta que propuso construir refugios para los animales de las ciudades.

Es llamativo cómo nuestra cultura muestra una incapacidad manifiesta para concebirse a sí misma como capaz de tener un vínculo respetuoso con la naturaleza. Es llamativo (y un poco espeluznante a la vez) pensar en esto teniendo en cuenta que somos seres ecodependientes.

Cuando pregunto a ese porcentaje de alumnas y alumnos preocupados por el futuro por qué eligen esas palabras y no otras, hay respuestas que se repiten siempre: “porque los humanos no vamos a parar hasta destruirlo

todo”, “porque nos estamos cargando el planeta”, “porque no sabemos hacer bien las cosas”, “porque somos una especie egoísta por naturaleza”.

Podríamos decir que esto es así, que hay una especie de carga genética que nos impulsa a destruir aquello de lo que depende nuestra vida, a concebir la naturaleza como una mercancía, como una propiedad, pero sería tramposo. Durante la mayor parte de nuestra existencia como especie la relación con la naturaleza no ha sido así. Incluso hoy en día basta con mirar hacia otros lugares para ver que una parte importante de las personas que habitan este planeta no actúa destruyendo la naturaleza de la que dependen. Las personas de muchas comunidades indígenas han construido su identidad de una forma diferente. Según Kimmerer (2021), esa concepción tiene que ver con mirar la naturaleza como el hogar de la familia no humana.

Es interesante indagar por qué hay cosmovisiones que han quedado relegadas a la esfera de lo invisible, de lo que no existe, mientras en la cultura occidental, para muchas personas jóvenes, se afianza la idea de que, como especie, estamos programadas para arrasar con todo.

2. Cómo se construye la idea de que no hay futuro

No hay certeza sobre cómo será el futuro. Sin embargo, en el imaginario social está mucho más presente la idea de que nos encaminamos hacia la hecatombe que una visión (la que mantenían anteriores generaciones) de que lo que está por venir será mejor que el presente.

Pensar desde dónde se construye este imaginario y las consecuencias que tiene esta proyección sobre el futuro es interesante, ya que es lo que determina nuestra forma de actuar en el presente. Si, hagamos lo que hagamos, no podemos evitar el desastre, implicarnos en transformar el mundo en otro más justo, sostenible y en paz se convierte en algo, como poco, innecesario. Por eso, comenzar analizando cómo se crea este imaginario es interesante de cara a poder pensar algunas líneas de actuación.

Una posibilidad sería que ese imaginario se generase a partir de lo que se aprende en los colegios e institutos. Podría ser que los currículos oficiales estuvieran empapados de contenidos ecosociales y que el alumnado los aprendiera e interiorizara de manera que su forma de proyectar el futuro, a partir de un conocimiento profundo de la crisis ecosocial, solo pudiera ser pensando que, por mucho que lo intentemos, no podremos evitar la catástrofe. Eso podría explicar ese miedo al futuro, esa dificultad para describirlo con otras palabras.

Sin embargo, basta con echar un vistazo a lo que se trabaja en las aulas o, sobre todo, es suficiente con escuchar hablar a las y los adolescentes para saber que esto no es así. En la mayor parte de los colegios e institutos, en casi todos libros de texto (que son los que marcan de cara al alumnado, profesorado y familias, lo que es importante saber y lo que no), no aparecen estos contenidos como algo central (Cembranos *et al.*, 2006). Se podría afirmar que, por norma general, el alumnado acaba la Educación Secundaria Obligatoria sin saber responder a preguntas que abren la posibilidad de entender el mundo de otra forma. Preguntas como: ¿cuál es el papel de la energía en la historia de la humanidad?, ¿cómo se relaciona nuestra alimentación con el cambio climático?, ¿cuál es la relación entre las migraciones y los bienes naturales? o ¿cuál es el papel de las mujeres en las luchas por mantener la biodiversidad en sus territorios?

Uno de los objetivos fundamentales del sistema educativo es ayudar al alumnado a comprender el mundo en el que vive y a desarrollarse

satisfactoriamente en él. Sin embargo, muchos conocimientos imprescindibles para afrontar el momento actual se quedan fuera de la escuela. Se puede tener el título de la ESO sin haber hablado nunca de ecodependencia ni de interdependencia, sin conocer de dónde salen los bienes naturales a partir de los cuales se produce la energía y de dónde se extraen los minerales que permiten que la tecnología funcione, sin hablar de los cuerpos que sostienen todos los trabajos necesarios para que el capitalismo funcione y, lo que es más grave aún, sin hablar de las revoluciones y de la necesidad de organizarse en común (Cembranos *et al.*, 2006).

Quizá no poner en el centro de los aprendizajes que la humanidad existe porque ha sabido cooperar ayude a crear esa visión sobre el futuro, pero no es fundamentalmente en los colegios e institutos desde donde se construye la idea de que los humanos solo sabemos destruir y somos egoístas. Esa idea que les afecta, que no les gusta, que les hace sentir malestar. Entonces, ¿de dónde sale?

Quizá la respuesta esté en que a los humanos nos gustan las historias.

3. Historias que hablan de distopías

La humanidad siempre ha tenido la necesidad de preservar sus historias. Lo ha hecho de distintas maneras desde sus orígenes. Sentada junto al fuego mediante palabras que no se escriben, con imágenes dibujadas en las paredes, con frases recogidas en libros.

Los relatos que pasan de una generación a otra son una manera de conservar y generar memoria. Cabe preguntar, por tanto, cuáles son las historias que quedan. ¿Son las que cuentan que conseguimos vivir cuidando la naturaleza de la que dependemos? ¿Son las que hablan de formas de no rendirse, de que hay otro orden posible? ¿Son las que cuentan revoluciones que triunfaron? ¿Son las que imaginan futuros donde una parte de la humanidad consiguió que el poder dejase de estar acaparado en unas pocas manos?

Las historias que se conservan y las que no son un espacio de disputa, y lo son porque la memoria genera lo que somos, nuestra identidad. También construyen nuestras formas de imaginarnos, nuestro modo de creer en lo que será posible y lo que no.

En *Dignos de ser humanos*, Rutger Bregman propone otro relato diferente en relación con la supuesta naturaleza dañina de los humanos. El libro comienza con una frase que dice: “En esencia, la gran mayoría de la gente es buena” (Bregman, 2021: 21). No dice que los humanos seamos buenos por naturaleza, sino que, por naturaleza, tenemos una preferencia muy marcada por nuestro lado bueno, y dedica quinientas páginas a argumentarla y desarrollarla.

Pone muchos ejemplos, en uno de ellos habla de la novela *El señor de las moscas* (Golding, 1972), una historia de ficción que cuenta que la esencia del ser humano es mezquina mediante la narración de un grupo de chicos que naufragan en una isla y acaban con algo más fuerte que tirarse los trastos a la cabeza. El autor la contrasta con otra historia, en este caso real, que ocurrió en la isla de Tonga. Hubo seis chicos, de entre 13 y 16 años, que naufragaron en el Pacífico después de haberse escapado del internado en el que vivían y se salvaron porque llegaron a una isla solitaria e inhóspita en medio del océano. Sobrevivieron ahí durante quince meses, después de los cuales un barco los rescató cuando ya todo el mundo los había dado por muertos. Cuentan que sobrevivieron porque cooperaron, se ayudaron y buscaron una forma no

violenta de resolver los conflictos durante todo ese tiempo. Cuentan que les salió de manera natural ayudarse y cooperar.

Es casi inevitable pararse a pensar por qué hay mucha más gente que conoce la historia de *El señor de las moscas*, que es ficción, que la historia de los supervivientes de la isla de Tonga, que sí ocurrió en realidad.

Culpar a una supuesta naturaleza humana de todo lo que está ocurriendo e ignorar el papel que tiene el modelo económico, que depreda recursos y necesita de la existencia de la desigualdad para sobrevivir, nos orienta más a la parálisis que a la acción. Por eso es importante pensar qué historias queremos que formen parte de la memoria colectiva.

Podríamos decir que los relatos orales lo tienen bastante más complicado que los escritos para permanecer en la memoria, pero, en general, ocurre con todo lo que queda fuera del relato hegemónico, con las voces de personas y culturas cuyas historias no están recogidas en la mayoría de los libros, de las series y de las películas. Algo similar se puede observar en las narrativas que ofrecen otros espacios de educación no formal e informal, como los museos, en los que las personas racializadas o las mujeres tampoco son protagonistas y, a veces, incluso se encuentran invisibilizadas.

Diversos estudios realizados en épocas distintas y en ámbitos geográficos diferentes señalan que solo entre un 10 y un 30 % de los personajes representados en museos y colecciones son mujeres. Cuando aparecen, además, suelen estar asociadas a su papel en la maternidad (González, 2019).

En general, las historias que permanecen no son las narradas desde abajo, desde las periferias, desde los márgenes. No son las brujas ni las piratas ni las esclavas quienes las cuentan, a pesar de que el capitalismo se construyó a costa del trabajo de sus cuerpos. Tampoco se escuchan las voces de los pueblos originarios, de las personas indígenas que narran el deterioro que están viendo en el territorio donde viven, de las guardianas de las semillas y la biodiversidad, de quienes no habitan en las ciudades ni han estudiado en la universidad.

No permanecen en la memoria de las y los adolescentes las historias de quienes imaginaron todas las revoluciones. Las que triunfaron y las que no.

Con este hueco en la memoria, si la juventud piensa en el futuro, ¿qué mundo puede narrar? Lo que escucha y vive es que estamos en un momento de quiebra histórico marcado porque, en las últimas décadas, la actividad humana ha superado la biocapacidad de la Tierra, está provocando la pérdida de biodiversidad a pasos acelerados, alterando los procesos de la biosfera y se están profundizando las desigualdades en todos los ejes de dominación. Escuchan la importancia de entender la economía como una persecución constante del crecimiento ilimitado, pero intuyen que esto no es posible porque habitamos un planeta finito en el que se extraen los recursos no renovables hasta agotarlos, los renovables a una velocidad por encima de su tasa de renovación y se saturan los sumideros (Herrero *et al.*, 2011).

Con este panorama, pensar en futuros distópicos parece el orden natural de las cosas. Hay muchas formas de imaginar la catástrofe derivada de la crisis climática o del incremento de las desigualdades o del auge de los totalitarismos o de un afianzamiento todavía mayor del patriarcado. Por no nombrar las distopías que tantas personas están viviendo ya en las fronteras, en Gaza, en las periferias de muchas ciudades.

Está claro, pensar en futuros distópicos es un ejercicio que hemos hecho muchas veces avivando nuestra imaginación a partir de distintos productos culturales. “¿Cuál es el problema si nos imaginamos solo

distopías y no pensamos nunca en ninguna utopía?”, me comentó, retándome, una alumna este curso.

Layla Martínez, autora de *Utopía no es una isla* (Martínez, 2020), dice que los productos culturales reflejan la realidad, pero al hacerlo, también la crean. Esa realidad que creamos está llena de libros, series y películas, dominados por las distopías que, de alguna manera, muestran que esta normalidad supone el único orden posible o, cuanto menos, el mejor de los órdenes posibles existentes.

Pensar en futuros mucho más negativos que el presente nos hace reconciliarnos con una realidad que ya debería ser insoportable. Podemos decir que estos escenarios distópicos han servido para mantener el orden actual, para generar impotencia frente al cambio. Pensar que no hay futuro posible diferente a la hecatombe genera una especie de efecto sedante que menoscaba la posibilidad de imaginar otras alternativas. Dice Rebecca Solnit (Solnit, 2020), escritora y activista, que la privatización económica habría sido imposible sin la privatización previa del deseo y la imaginación.

Si bien es cierto que en este escenario habrá sucesos altamente probables impulsados por la reducción en la disponibilidad material y energética, también es seguro que otros estarán más abiertos y que su devenir dependerá de lo que hagamos. De que decidamos actuar o quedarnos quietas.

No cabe duda de que generar imágenes de la utopía es más difícil que de la distopía, pero eso no significa que no seamos capaces de hacerlo. Cómo narramos el momento actual y cómo narramos las posibles salidas que vemos marca también la forma de generar un futuro donde la debacle no sea la única opción.

Imaginar futuros utópicos, narrar otras posibilidades genera una forma de afrontar esto que afecta no solo a las personas jóvenes y que se ha denominado ecoansiedad.

4. La ecoansiedad como una respuesta a la crisis sistémica

La ecoansiedad es la forma de denominar el malestar y la inquietud que se genera en las personas cuando son conscientes de los problemas ambientales que afectan en el presente o afectarán en el futuro a muchos seres vivos (Hickman *et al.*, 2021). Problemas que, de alguna manera, ponen en riesgo su propia existencia.

En primer lugar, es importante poner de manifiesto que esta es una reacción no solo normal, sino que se podría denominar como adaptativa. Ante la realidad que estamos viviendo, podemos considerar una reacción lógica sentir angustia o miedo al ver los datos que arroja la comunidad científica en relación con el cambio climático, ¿acaso no es normal sentir tristeza por el acelerado ritmo de extinción de especies o la contaminación del agua o del aire que es lo que nos permite vivir?, ¿no es natural sentir rabia o impotencia al ser conscientes de la inacción de los Gobiernos frente a la destrucción de los bienes naturales?, ¿no es normal sentir frustración o culpa al pensar que has contribuido, aunque sea en una parte pequeña, a que la situación esté así?

La ecoansiedad no es una reacción patológica, no es una enfermedad (Hickman *et al.*, 2021). De igual modo que las emociones positivas nos empujan a reforzar las situaciones que las provocan, estas emociones que resultan desagradables tienen la función de advertirnos de que hay algo que no va bien, de colocarnos en disposición de tratar de solucionar lo que las está causando.

En este sentido, que una parte de la sociedad sienta una preocupación profunda porque estemos destrozando la naturaleza de la que dependemos y formamos parte puede ser, de alguna manera, una forma de empujarnos a resolverlas, de ayudar a accionar mecanismos que permitan generar un futuro que pueda pensarse sin miedo, que pueda imaginarse de otros modos que no se basen en las distopías.

Es cierto que la negación de una realidad o su evitación pueden disminuir momentáneamente la ansiedad, pero ocurre con las chicas y chicos que conocen los datos o que han visto en sus territorios alteraciones en los ritmos de los bosques porque las lluvias no llegan, o llegan de manera distinta, que ya no pueden mirar hacia otro lado.

La ecoansiedad afecta a personas de distintas edades, pero la franja donde se manifiesta de forma más acentuada es en las generaciones más jóvenes. Tiene sentido, son quienes tienen más futuro por delante, quienes están creciendo experimentando los efectos de la crisis ecosocial, quienes la ven no como algo que sucederá sino como algo que forma parte de su presente, quienes tienen claro que hay posibilidades de que su vida sea más difícil que la de sus progenitores debido a múltiples factores.

Existe una literatura rica que da cuenta de la evolución que desde entonces ha tenido la Educación Ambiental. Una historia, que como señalan José Antonio Caride y Pablo Meira (2018), investigadores y profesores de la de la Universidad de Santiago de Compostela, ha sido relatada fundamentalmente desde la institución y protagonizada fundamentalmente por UNESCO y el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente, el PNUMA.

El inicio de la Educación Ambiental arranca en 1972, cuando se celebraba en Estocolmo la Conferencia de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente Humano. La Cumbre de Estocolmo fue un hito en el nacimiento de la política ambiental. La declaración final (Naciones Unidas, 1972) expresaba en veintiséis puntos los que se consideraron derechos ambientales de la humanidad, así como las formas de acción y participación en favor de la conservación del ambiente.

La recomendación 96 (Naciones Unidas, 1972: 33 y 34) de esta Declaración encargaba a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) el impulso de las políticas y medidas necesarias para desarrollar y establecer un Programa Internacional en Educación Ambiental (PIEA), transdisciplinar, intra y extraescolar, que abarcara todos los niveles de la educación y se dirigiera hacia el público en general, a fin de promover un aprendizaje que permitiese una mejor relación con el ambiente.

Sin embargo, en la revisión citada se señala que “la forma en que hemos abordado la construcción histórica de la Educación Ambiental, incluso desde los medios científico-académicos más críticos y menos aqiescentes con el *statu quo* de los organismos internacionales, ha llevado a extender y a aceptar una visión extremadamente institucionalizada de su identidad. No hay manual de Educación Ambiental que, explícita o implícitamente, con mayor o menor agudeza crítica, no recapitule y presente su historia como una línea continua que transita de Estocolmo (1972) a Belgrado (1975), después a Tbilisi (1977), de allí a Moscú (1987), Río de Janeiro (1992), etc. Siempre hacia delante, siempre asumiendo que en cada paso y etapa se superan los planteamientos de la precedente” (Caride *et al.*, 2018: 179).

Ambos autores concluyen que, “leyendo y analizando con rigor crítico los distintos documentos, recomendaciones y declaraciones que jalonan dicho itinerario, se puede llegar a la conclusión de que nada o muy poco se ha avanzado, ni en el ajuste del discurso a lo que demanda la realidad de la crisis

ecosocial, ni, quizá aún menos, en la relación de ese discurso con la praxis socioeducativa y con la evolución de la misma crisis” (Caride *et al.*, 2018: 178).

En el Estado español, ha sido muy reciente la incorporación transversalizada en el conjunto de las asignaturas de las miradas transversales sobre la crisis ecosocial y los enfoques ecofeministas en los decretos de enseñanzas mínimas que determinan los currículos escolares (Cembranos, 2022). Ha sido sobre todo a partir de la aprobación de la LOMLOE, en 2020, y de los decretos de enseñanzas mínimas que regulan su implantación curricular. El Decreto de Enseñanzas Mínimas de Infantil entró en vigor el 3 de febrero de 2022 (1). El Decreto para Primaria entró en vigor el 2 de marzo de 2022 (2). Fueron aplicados en los cursos segundo, cuarto y sexto de Educación Primaria, durante el año académico 2022-2023, y en primero, tercero y quinto durante el curso 2023-2024.

(1)
<https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-2022-1654>

(2)
<https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-2022-3296>

(3)
https://www.boe.es/diario_boe/txt.php?id=BOE-A-2022-4975

(4)
<https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-2022-5521>

El Decreto de Enseñanzas Mínimas de Secundaria se aprobó el 29 de marzo de 2022 (3) y el de Bachillerato fue publicado en el BOE el 5 de abril de 2022 (4). Según Cembranos, “el nuevo currículo, si bien tiene importantes ausencias (como la crítica al sistema económico y monetario) y algunos excesos (la omnipresencia de la digitalización y tecnología) abre la puerta, sin embargo, a una manera distinta e imprescindible de entender la realidad que permita pacificar las relaciones del ser humano y sus sistemas de organización con el planeta y sus ecosistemas. Contiene valiosos apartados que permiten construir una forma de ver el mundo más adaptada a los tiempos que nos va a tocar vivir” (Cembranos 2022).

No obstante, la reacción de alguna de las administraciones públicas ante la incorporación de los nuevos contenidos curriculares fue muy crítica. La presidenta de la Comunidad de Madrid fue especialmente incisiva con la mención en los decretos, precisamente, de términos como ecoddependencia, ecofeminismo, ecosocial, sexista o socioafectivo (Carmona, 2022).

Cada vez aparecen más datos en informes que hablan de forma explícita sobre la ecoansiedad. El Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (por sus siglas en inglés, IPCC) ha aseverado que la rapidez con la que se están produciendo los cambios supone una amenaza cada vez mayor para la salud mental y el bienestar psicosocial provocando trastornos que van desde el malestar emocional, la ansiedad, la depresión, el dolor o las conductas suicidas (IPCC, 2022). Por otro lado, el informe *El futuro es clima* recoge que el 80 % de las personas encuestadas de entre 16 y 30 años dijo que había sufrido ecoansiedad alguna vez y casi el 40 %, que la padecía de forma frecuente (Playground y Osoigo Next, 2022).

Estas emociones no solo están asociadas a lo que pasa con el clima, con la extinción de especies o con las injusticias. Tienen que ver, también, con la impotencia que crea que quienes gobiernan el mundo no sean conscientes de la necesidad de actuar. No es solo el desastre ecológico lo que genera esa dificultad para imaginar el futuro con otras palabras, es también el pensar que parte de quienes tienen la posibilidad de cambiar el rumbo de las cosas no lo están haciendo.

Por eso, quizá, una forma de pensar en cómo afrontar la ecoansiedad sea imaginando otras formas de acción que no estén impulsadas desde las personas que acumulan el poder.

5. Imaginar mundos impensables

Cuando se niega el futuro, imaginar mundos impensables, casi imposibles, se convierte en un ejercicio educativo vital. Imaginar lo que podría ser ayuda, no solo a cuestionar la forma de configurar las sociedades, sino que posibilita explorar otras nuevas. Desde ahí se pueden desafiar las

estructuras patriarcales y el modelo económico. Desde esos lugares se pueden romper las fronteras y las clases sociales.

En la novela *Mujer al borde del tiempo*, Marge Piercy imagina un futuro marcado por una utopía feminista que, en muchos aspectos, tiene en cuenta los límites planetarios (Piercy, 2020). Lo que plantea no es una utopía irrealizable. Habla de un modelo de alimentación que se adecúa a la disponibilidad de fuentes energéticas en un planeta finito, de cómo distribuir de manera justa los trabajos de cuidados, de una sociedad donde tu vida no está determinada por la clase social o los límites tecnológicos en relación a la disponibilidad de minerales.

Quizá, colocarnos en ese futuro que plantea Marge Piercy, en un futuro habitado por personas descendientes de las generaciones que consiguieron impulsar los cambios sociales necesarios para que la realidad fuera distinta, pueda ayudar a pensar estrategias para conseguir llegar a esa utopía.

Si hiciéramos ese ejercicio de imaginación, si nos colocásemos en el futuro sabiendo que lo conseguimos, podríamos recuperar la memoria de cuáles fueron las cosas que posibilitaron los cambios. Podríamos contar en las historias cómo lo logramos.

Algunas de esas historias hablarían de que lo conseguimos porque decidimos reflexionar sobre las consecuencias que tenía conformarnos con que nos pareciera normal que el mundo estuviese así. Otras hablarían de que hubo un momento en el que nos cuestionamos si este orden de las cosas tenía que ser admitido, si teníamos que rendirnos al abuso de poder y la destrucción de la naturaleza sin que nada estallase. Si teníamos que conformarnos con que ese era el único orden posible. Quizá las historias hablarían de que aprendimos a reconocernos como parte de una red formada por tierra, agua, plantas, animales y aire. Quizá hablarían de que comprendimos que formamos parte de entramados ecosistémicos de los que requerimos toda una serie de funciones sin las cuales la vida no sería posible.

Quizá desde ese futuro en el que lo conseguimos, contaríamos que comprendimos que la vida solo era posible si alguien nos cuidaba, y que decidimos que esas tareas no podían seguir asumiéndolas, mayoritariamente y de forma no libre, las mujeres.

Quizá ocurrió también que conseguimos crear otro modelo de escuela en el que el alumnado reflexionaba sobre las desigualdades que hacían que, dependiendo de dónde nacieras, tuvieras muchas o pocas posibilidades de aprender y obtener un título que te abría más opciones en la vida.

Quizá esos relatos hablarían de que nos dimos cuenta de que lo que creemos da forma al mundo y que por eso era esencial que pensásemos no solo que éramos capaces de contribuir al cambio, sino que ese cambio era posible.

Quizá en ese futuro donde lo conseguimos, al mirar hacia atrás, veamos que hubo un momento en el que creímos que no era necesario conseguirlo todo. Que bastaba con intentarlo.

Quizá ese futuro utópico que mujeres como Marge Piercy han sido capaces de imaginar, fue posible porque en ese espacio de disputa de las historias que permanecen y las que no, las educadoras y educadores, los movimientos sociales, las personas que creen que se puede organizar el mundo de otra manera decidieron dar voz a historias que permanecían silenciadas, historias donde esas otras voces, voces de mujeres, voces ecofeministas, marcaban los pasos y la forma de actuar, las estrategias para no rendirse.

Imaginar sirve para poder construir relatos que cuestionen este orden como el único posible. Historias que hablan de que el futuro tiene que dejar de ser el lujo de los que se alimentan, que hablan de que el miedo solo paraliza si no sabes hacia dónde correr, que son las otras personas y no las rejas las que nos protegen. De esos lugares donde el bienestar individual pasa, necesariamente, porque el resto de la comunidad esté bien.

Es necesario contar las historias de las luchas que vencen, de las cosas que sí se consiguen cambiar, de lo que sí es posible. Historias pegadas a la tierra y a la vida. Porque no somos solo de destruir, somos también de sembrar, transformar, imaginar, crear, colectivizar, desear, etc.

Relatos donde la esperanza venza al miedo. Relatos que abren un nuevo marco, el de las ecotopías.

6. Las ecotopías

Ursula K. Le Guin, en su texto *La teoría de la bolsa de transporte de la ficción*, reflexiona sobre cómo contar historias (Le Guin, 2023), sobre cuáles son las que más se narran, sobre dónde se pone el énfasis de lo que se cuenta, sobre quiénes las protagonizan, sobre los héroes colocados en el centro. Ellos. Siempre ellos.

Compara las historias sobre quienes cazaban mamuts con las que cuentan cómo recolectar semillas. Se fija en las diferencias entre esos dos relatos. Uno habla de utilizar objetos puntiagudos, de golpear, de matar; el otro habla de cómo recoger alimento, meterlo en algún lugar que sirva para transportarlo, del viento y las manos que saben qué semillas sirven para calmar el hambre. La teoría de la bolsa de la evolución humana dice que, mucho antes que un arma, se inventó un recipiente para transportar agua, semillas, aquellas cosas resultado de la recolección.

El problema es que nos hemos permitido ser parte del relato asesino, y puede que su fin también sea el nuestro. Por eso es con cierta sensación de urgencia que busco la naturaleza, el sujeto, las palabras del otro relato, del nunca contado, del relato de la vida.

Le Guin, 2023: 23.

Puede que una de las claves sea esa, pensar en cómo contribuir a cambiar los relatos de las lanzas y las armas y luchar y matar, protagonizados por héroes, por otros donde se relate la vida, sacar una semilla de una planta, y luego otra, y luego otra, introducirlas en una bolsa, saber que ahí está contenido todo lo necesario. Relatos donde no hay héroes sino personas. Relatos que abran la puerta a las ecotopías, que son ideas, procesos, que sirven de guía para construir condiciones de vida con dignidad en un planeta que, aunque tiene una realidad biofísica compleja y dañada, también es fuerte, resiliente y capaz de reorganizarse.

En las ecotopías, esas formas de imaginar el futuro que pueden ayudar a construir escenarios esperanzadores y a crear un mayor abanico de posibilidades que hagan contrapeso contra el auge de las distopías, no cabe todo. Ese imaginario tiene que tener en cuenta las bases materiales, humanas y ecosistémicas necesarias para que cualquier sueño de futuro deseable sea también viable. Las ecotopías no son ciencia ficción porque tienen que estar ancladas en los límites biofísicos del planeta. No caben, por tanto, tecnologías fabricadas con materiales que se están agotando. Tampoco héroes que, sin tener en cuenta que somos seres interdependientes, son capaces solos de resolverlo todo. Tampoco caben privilegios que se crean a costa de la precariedad de las vidas de otras personas ni de la explotación colonialista de los territorios donde viven. Las ecotopías tienen que pensarse teniendo

en cuenta que la paz sin justicia no es posible y con la mirada puesta en la reducción del uso de los recursos y la energía.

Las ecotopías abren esos marcos de posibilidad, ese futuro no escrito que puede servir como antídoto para no rendirnos. “Vivimos en el capitalismo. Su poder nos parece inevitable, pero también lo parecía el derecho divino de los reyes” (Le Guin, 2014).

Para cuestionar eso que parece inevitable es necesario desmontar algunos mitos.

7. La mirada ecofeminista

Para afrontar el miedo al futuro y la ansiedad, la mirada ecofeminista es esencial porque ayuda a construir sociedades desde otro marco, un marco en el que muchas chicas y chicos ven una forma diferente de entender el mundo, que les habla de posibilidades, de cosas que sí se pueden conseguir, que abre caminos.

Aunque los ecofeminismos se presentan de formas muy diversas en los diferentes contextos, todos ellos comparten en su análisis que el capitalismo es un sistema ecocida (porque destruye la naturaleza para crecer), que es patriarcal (porque se sustenta en la subordinación estructural de las mujeres), que es colonial y racista (porque se sostiene sobre el despojo y la explotación de los bienes naturales en grandes zonas del planeta considerándolas como grandes minas y grandes vertederos y por tanto expulsando a las personas que los habitan) y que es injusto (porque favorece que la riqueza se acapare en pocas manos).

Los ecofeminismos ponen de manifiesto que somos seres ecodependientes que, como todas las especies vivas, para existir y reproducirnos dependemos de una naturaleza que nos proporciona todo lo que necesitamos para vivir: alimento, agua, cobijo, energía, minerales, tierra fértil, etc. Somos parte de esa trama de la vida. Somos interdependientes, la vida de cada una de nosotras en solitario es inviable, de forma que solo podemos sobrevivir si formamos parte de un entramado de relaciones que garantice los cuidados a lo largo de toda la vida (Mies y Shiva, 2016). Denuncia también que quienes mayoritariamente y de forma no libre se han encargado de esas tareas de cuidados han sido las mujeres, no porque tengan mejores cualidades para hacerlo, sino porque el patriarcado ha impuesto que sea así.

En esa tarea de construir nuevos relatos, de llenar la palabra futuro de algo distinto a la destrucción y el miedo, la mirada ecofeminista ayuda a poner en el centro el valor de todas las vidas, recoge la fuerza de saber resistir, pero también de conocer estrategias para impulsar cambios. Los ecofeminismos recuerdan que, frente a los futuros distópicos autoritarios, lo comunitario y el apoyo mutuo es central, es una estrategia de supervivencia, y que la utopía se crea haciendo alianzas y encuentros, articulando con las miradas decoloniales; creando alianzas también con el resto de seres vivos con los que compartimos el planeta.

No obstante, sobre todo, el movimiento ecofeminista ayuda a cuestionar los relatos dominantes. Propone preguntas que, al tratar de responderlas, permiten crear una forma de construir un futuro más deseable, un futuro donde la ecoansiedad no ocupe tanto espacio.

Los ecofeminismos proponen una forma de habitar la tierra en la que los humanos y el resto de seres vivos tengan derecho a la palabra futuro, por eso abren caminos para construir una esperanza realista.

8. Esperanza realista

En este último tiempo, muchas autoras y autores han hablado de esperanza. En una entrevista, Angela Davis decía: “La esperanza no es una emoción producida por aquello que es posible conseguir, sino que se trata de una disciplina. Me encanta esta idea de la esperanza como disciplina porque nos hace entender que nuestra responsabilidad está también al generar esperanza” (Rodríguez, 2024). Reconociendo que vive periodos de desesperanza, explicaba: “Parte de mi trabajo es ayudar a generar esperanza y los movimientos tienen que aceptar que esta tarea explícita se pueda transferir a la generación siguiente y a la siguiente” (Rodríguez, 2024).

Rebecca Solnit, en su libro *Esperanza en la oscuridad*, escribe: “La esperanza no es un billete de lotería con el que puedes sentarte en el sofá y aferrarte a él, sintiéndote afortunado. Es un hacha con la que derribar puertas en caso de emergencia. [...] La esperanza únicamente significa que otro mundo podría ser posible, no es una promesa, no está garantizado. La esperanza exige acción; la acción es imposible sin esperanza. [...] Tener esperanza es entregarse al futuro, y ese compromiso con el futuro es lo que hace habitable el presente” (Solnit, 2017: 4).

Con esta idea de que la esperanza es algo que hay que construir, en la Comisión de Educación de Ecologistas en Acción de Madrid hemos definido algunas claves que se pueden aplicar cuando se instaura en la cabeza la idea de que no se puede cambiar nada. Son diez antidotos contra la parálisis que resumimos brevemente:

1. **Honrar el dolor.** Dice Joana Macy que las cosas duelen porque importan (Macy, 2018). Esta capacidad de sufrir con el mundo al que pertenecemos es esencial para nuestra supervivencia porque el dolor puede despertar una mayor determinación a actuar y es también un homenaje a la vida, a lo bueno de la vida que estamos perdiendo. Es preciso aceptar el dolor porque esa posibilidad de pérdida nos hace más conscientes de la necesidad del cuidado, pero luego hay que honrarlo poniéndose manos a la obra.
2. **Buscar la buena compañía y la articulación colectiva.** La compañía es un ingrediente esencial de la supervivencia y de la vida buena para la práctica totalidad de las personas. Si queremos bregar con la ecoansiedad es imprescindible romper con el aislamiento y la soledad. La humanidad ha sobrevivido por su capacidad para establecer relaciones sociales y solidarias y es en colectivo como mejor se afronta el miedo. En grupo tenemos más posibilidades de enfrentarnos al poder.
3. **Aceptar la realidad, por dura que sea, como punto de partida.** La tentación de cerrar los ojos ante una realidad dura puede calmarnos momentáneamente, pero no evita que el problema permanezca o que aumente por desatención. Aceptar la realidad no significa en absoluto conformarse con ella, sino conocer lo que hay, por duro que sea, para, a partir de ahí, construir el futuro. Entre la negación y el agobio sin más hay un tercer camino, el de la aceptación que moviliza.
4. **El ser humano tiene un lado positivo y puede comportarse también de manera extraordinaria en situaciones difíciles y extremas.** Tener una concepción negativa del ser humano, además de ser una idea incorrecta, al menos parcialmente, no nos ayuda a prepararnos para un mundo más deseable. Por el mecanismo de la profecía autocumplida esta idea nos puede hacer peores. Sin embargo, por este mismo mecanismo, conocer el lado positivo del ser humano nos vuelve mejores y más precisos en el conocimiento de la naturaleza humana.

- 5. Recordar que hay millones de personas en muchos lugares del planeta trabajando y luchando por un mundo con justicia ecosocial.** Es verdad que posiblemente una mayoría no esté preocupada por la situación ecosocial, pero para que se den los cambios no siempre es preciso que todo el mundo los suscriba *a priori*. Grupos pequeños y valientes que creen en el sentido de lo que hacen pueden desencadenar cambios significativos. Hay millones de personas haciendo cosas por un horizonte vivo y justo.
- 6. Practicar el agradecimiento.** No vivimos en el mejor de los mundos y hay muchas cosas que nos resultan inaceptables, pero hay mucha gente trabajando y muchos seres vivos existiendo y entrelazándose para que sobrevivamos. Agradecer es un antídoto emocional contra la amargura, nos hace más conscientes de la trama cotidiana de la vida, nos visibiliza muchos de los eslabones necesarios que nos sostienen. El agradecimiento despliega la mirada, nos vuelve más deseable la justicia global, nos hace mejores personas y hace el mundo más bello, interesante y deseable.
- 7. La gravedad de la situación hace que cualquier iniciativa o experiencia sea sumamente importante.** Cuando lo que está en juego es vivir o morir, cualquier éxito es significativo. La lucha no garantiza el cambio de rumbo, pero cada uno de los logros que se consiga será relevante ante la magnitud esperable de las consecuencias de la crisis ecosocial. La lógica del todo o nada (que suele traducirse en nada desde la perspectiva de la acción) es a menudo paralizante. Ni las soluciones serán absolutas ni lo serán los problemas.
- 8. No está todo escrito, el futuro no está cerrado, la incertidumbre puede jugar a favor.** El futuro y el comportamiento humano también pueden ser altamente impredecibles. En ocasiones algo que parece imposible acaba siendo posible. No hablamos solo de fenómenos repentinos, sino, a veces, de procesos largos en que los intentos se repiten una y otra vez hasta que uno de ellos, una última gota, desborda la historia.
- 9. No queremos sobrevivir a lo que viene, queremos vivir una vida ancha.** Es posible desmontar la imagen triste de escasez que se vincula a veces a un mundo con pocos recursos y pensar en los márgenes que quedan para la abundancia. Los vínculos de afecto, la creación, el conocimiento, la cultura, la justicia, la celebración, la risa, el juego. No queremos solo el pan sino también las rosas, y es posible un mundo con suficiente pan y suficientes rosas. Ese es el mundo que defendemos.
- 10. Si se lucha y se trabaja hay más probabilidades de éxito que si nos quedamos paradas.** No queremos caer en la ingenuidad. El éxito es difícil, pero el fracaso no está asegurado, excepto que no se luche. Por el momento, la correlación de fuerzas es abrumadoramente desfavorable. Los diferentes intentos, muchos de ellos fracasados, sin embargo, van acumulando probabilidades. La ausencia de lucha, de resistencia, de crítica y de inconformismo sí asegura el fracaso.

Además queda otra razón: por dignidad. Aunque nada esté garantizado, siempre quedará la dignidad como motor de la lucha. La dignidad es una reserva que no exige el éxito para realizar un esfuerzo. En ocasiones sirve saber que estás en el lugar en el que hay que estar. Es suficiente con que las cosas tengan sentido. El sentido es una buena razón para emprender y mantener la lucha, el trabajo.

9. Qué hacer desde los centros educativos

A menudo surge la pregunta de si debemos abordar todo lo relacionado con la crisis ecosocial en las clases. Hay personas que consideran que hablar de lo que sucede en el mundo en el que viven significa decirle al alumnado lo que tiene que pensar. No obstante, la complejidad de la situación actual no es responsabilidad del profesorado; lo que sí lo es, es dar una respuesta a lo que muchas personas jóvenes plantean: quieren entender qué pasa. De hecho, el 82 % demanda más educación sobre temas medioambientales en los centros educativos (González-Anleo, Lema y Pérez, 2024).

Este es el escenario que tenemos por delante, chicas y chicos que nos miran de frente, nos interpelan, cambian de rol, dejan de ser receptores de instrucciones sobre lo que hay que hacer, sobre cómo tienen que organizar el mundo cuando sean mayores y pasan a ser agentes movilizados, a cuestionar cómo las personas adultas estamos destruyendo la vida, y nos enfrentan con una realidad que no podemos dejar de mirar.

No dicen que no tengamos opción, darnos la vuelta no supone que no haya ya muchas vidas colapsadas de humanos y otros seres vivos con los que compartimos el planeta.

Nos dicen que, sin duda, hay que hablar de los datos que muestran una realidad innegable, que decrecer en el uso de los recursos y la emisión de residuos no es una opción en un planeta de recursos finitos, pero también quieren hablar de la esperanza activa, de esa que se construye haciendo cosas.

Es verdad, no hay certezas sobre el futuro, ese futuro sobre el que se pelean por no tener negado, pero sí hay ejemplos de gente que consiguió cambiar realidades que parecían inmutables. Las de aquellas mujeres a las que no dejaban votar y cómo su idea minoritaria se convirtió en un clamor. O de aquellas otras que se abrazaban a los árboles para que no los cortasen y consiguieron echar a las transnacionales. O del movimiento por los derechos civiles que consiguió, entre otras cosas, que los asientos de los autobuses no estuvieran reservados para los blancos.

Dicen las mujeres de las comunidades indígenas de México que el camino para crear esos otros mundos posibles es que las personas se indignen, que comprendan las causas de esa indignación y que actúen. Creo que esos son los tres pasos que tenemos que mostrar en los centros educativos para que el alumnado que tiene ganas de respuestas, el que se pelea contra la ecoansiedad, pueda formar parte del cambio que producirá un futuro distinto.

9.1. Darles la posibilidad de que se indignen, y para indignarse hace falta sentir

A menudo les he preguntado a mis alumnas y alumnos más movilizados por distintos temas (los que están en la asamblea de estudiantes, las delegadas ecosociales, las que están en el grupo feminista o en el de huerto) por qué participan en esos espacios que son voluntarios fuera de la jornada escolar. En general lo que comentan es que hubo algo que les hizo sentir que tenían que implicarse en cambiar las cosas. No hablan de que comprendieran los datos y eso les llevó a actuar. Hablan más de que sintieron algo que les hizo tener ganas de implicarse activamente en alguno de estos grupos, y que eso les llevó a querer saber más sobre ese tema.

Creo que ahí está el comienzo para ayudarles a que se impliquen en la construcción de ese cambio cultural. Tenemos que motivarles a hacerse preguntas. No cualquier pregunta, sino preguntas relevantes, y ayudarles a buscar las respuestas no solo desde lo racional, sino también desde lo emocional. Necesitamos sentir la destrucción ambiental y las desigualdades para implicarnos en la construcción de una cultura con valores diferentes. Si solo tenemos datos desde lo cognitivo, ese cambio no será posible.

Por lo tanto, crear esos otros patrones culturales tan urgentes supone sentir la alegría, el dolor y el amor, porque el amor a la vida es un sentimiento que puede ser profundamente revolucionario. Estas mismas alumnas y alumnos a las que les preguntaba qué les había llevado a movilizarse, comentaban también que “después de sentir que algo no me gustaba, ya quería saber todo sobre ese tema”.

Porque esto pasa. Las buenas preguntas, las que les interpelan, las que les hacemos y las que se hacen, les motivan mucho, y por eso quieren indagar sobre las respuestas.

9.2. Ayudarles a que descubran cosas que pasan en el mundo.

Las causas de su indignación

Cuando reflexiono sobre esto siempre pienso que hay muchos conocimientos imprescindibles para la sostenibilidad que se quedan fuera de la escuela. Los procesos educativos se pueden hacer de muy diversas maneras. Sin embargo, las metodologías y contenidos que se imparten de manera más generalizada parecen estar encaminadas a reproducir un modelo de sociedad ajeno a la sostenibilidad en el que unos pocos acumulan el poder y deciden sobre el resto.

Por ello, tenemos que construir procesos educativos que pongan la vida en el centro y practicar una educación con enfoque ecosocial y ecofeminista, que es lo mismo que decir educar para el cuidado de la vida.

9.3. Dar espacios y generar procesos para que actúen

En una actividad en la que tenían que escribir las cosas a las que creían que iban a ser capaces de acostumbrarse y a las que no, una alumna dijo: “hay un par de cosas a las que sé que jamás me voy a poder acostumbrar: el sistema educativo y el cambio climático”. En su texto, entre otras cosas, comentaba que no se acostumbra a un sistema educativo que no le enseña a desenvolverse en el mundo ni a cambiarlo, que no le enseña ni le da la oportunidad de actuar.

Cuando alguien dice que a las y los adolescentes les da igual todo, yo siempre rebato esa idea. Basta con haber tenido la posibilidad de ver cómo se implican cuando en los centros educativos generamos los espacios y los tiempos para que se junten, para saber que son capaces de promover iniciativas y procesos increíbles.

Cuando las he visto en acción he aprendido muchas cosas que espero no olvidar nunca como profesora.

Me han enseñado que tengo una responsabilidad de la que no me puedo eximir, que las y los docentes tenemos que colocar en el centro de nuestra actividad educativa los grandes retos ecosociales que tenemos por delante.

Me han enseñado la diferencia entre que el alumnado reciba pasivamente contenidos o que les dejemos e incentivemos a que se impliquen en su proceso de aprendizaje. Es la diferencia entre generar inacción o acción.

Me han enseñado que la participación y los vínculos que se generan es lo que permite cambiar realidades que parecían inmutables, y que ellas y ellos quieren ser generadoras de este cambio. Son los sujetos de construcción de la esperanza realista, de esa que se construye haciendo cosas.

Me han enseñado que quieren que yo también sea parte de ese proceso. Que lo importante no es conseguirlo todo sino saber si estamos dispuestas a intentarlo.

Las miro y sé que están dispuestas. A lo mejor es porque piensan que tener el sueño de un futuro mejor es una manera de conseguir construirlo.

10. A modo de epílogo

El mundo está lleno de lugares donde el colonialismo, en sus distintas formas de opresión, trata de borrar las palabras de culturas que tienen una cosmovisión que les hace comprenderse como una parte más de los ecosistemas. Idiomas que usan las personas que viven pegadas a la tierra y a la vida de todo lo que les rodea.

Robin Wall Kimmerer narra, en *Aprendiendo la gramática de lo animado* (Kimmerer, 2022), que decidió aprender el idioma nativo de sus antepasados, el *potawatomi*, un idioma de esos que han tratado de borrar. Cuenta que cuando su abuelo era pequeño, a las niñas y niños indios los metían en internados del Gobierno donde les prohibían hablar su lengua materna. Ahora ya quedan muy pocas personas que sepan hablar este idioma. Una de las ancianas que lo conserva dijo: “No es solo las palabras lo que se perderá, el lenguaje es el corazón de nuestra cultura, alberga nuestros pensamientos, nuestra forma de ver el mundo. Es demasiado hermoso para ser explicado en el inglés”.

En algunos idiomas nativos el término para “plantas” se traduce como “aquellas que nos cuidan”. Dice Kimmerer que “en *potawatomi*, y en la mayoría de otras lenguas indígenas, usamos las mismas palabras que usamos para nuestra familia cuando nos dirigimos al mundo viviente. Ese mundo viviente es también nuestra familia”.

Quizá sea el momento de buscar términos que nos hagan comprender nuestra dependencia de la naturaleza, que nos permitan agradecer la vida a todos los seres vivos que la hacen posible. Quizá habría que buscar palabras que visibilicen que sin cuidados no existiríamos, palabras que permitan repartir de otra forma esta responsabilidad colocada sobre los cuerpos y las mentes de las mujeres.

Quizá sea un inicio para que las personas jóvenes, cuando miren hacia adelante, piensen en palabras distintas a tristeza, miedo o angustia. Quizá sea un comienzo para llenar el mundo de futuro.

Referencias bibliográficas

BREGMAN, R. (2021): *Dignos de ser humanos*. Editorial Anagrama.

CARIDE, J. A. Y MEIRA, P. (2018): Del ecologismo como movimiento social a la educación ambiental como construcción histórica. Historia de la Educación. *Revista Universitaria*, núm. 37, pp. 165-197.

CARMONA, J. (2022): Madrid se desmarca de la perspectiva de género en sus contenidos para la ESO. *Diario Público*, 28/04/2022, [en línea], disponible en: <https://www.publico.es/sociedad/madrid-desmarca-perspectiva-genero-contenidos.html>, [consultado el 09/01/2025].

- CEMBRANOS, F. (2022):** La urgente necesidad de un currículo ecosocial. *Revista Contexto*, 09/08/2022, [en línea], disponible en: <https://www.ctxt.es/es/20220801/Firmas/40362/crisis-ecosocial-curriculo-educacion-formal-secundaria-bachillerato-fernando-cembranos.htm>, [consultado el 07/01/2025].
- CEMBRANOS, F., HERRERO, Y., PASCUAL, M. (2006):** *Educación y ecología. El currículum oculto de los libros de texto*. Editorial Popular.
- GONZÁLEZ, P. (2019):** Invisibilidad y prejuicios. La imagen de las mujeres en la prehistoria. *Despertaferro Revistas*, [en línea], disponible en: <https://www.despertaferro-ediciones.com/2019/arqueologia-imagen-mujeres-en-la-prehistoria/>, [consultado el 07/01/2025].
- GOLDING, W. (1972):** *El señor de las moscas*. Alianza Editorial.
- GONZÁLEZ-ANLEO, J. M., LEMA, I., PÉREZ, A. (2024):** *Informe Jóvenes y medio ambiente*. Fundación SM, [en línea], disponible en: <https://www.grupo-sm.com/es/nota-de-prensa/formulas-mas-efectivas-segun-jovenes-para-combatir-problemas-ambientales>, [consultado el 28/08/2024].
- HERRERO, Y., CEMBRANOS, F. Y PASCUAL, M. (2011):** *Cambiar las gafas para mirar el mundo*. Editorial Libros en Acción.
- HICKMAN, C. ET AL. (2021):** Climate anxiety in children and young people and their beliefs about government responses to climate change: a global survey. *The Lancet Planetary Health*, vol. 5, núm. 12.
- IPCC (2022):** *Climate change: a threat to human wellbeing and health of the planet. Taking action now can secure our future*, [en línea], disponible en: <https://www.ipcc.ch/2022/02/28/pr-wgii-ar6/>, [consultado el 02/09/2024].
- KIMMERER, R. W. (2021):** *Una trenza de hierba sagrada*. Editorial Capitán Swing.
- (2022): *Aprendiendo la gramática de lo animado*. Post(s), 8(1), 124-132, [en línea], disponible en: <https://doi.org/10.18272/posts.v8i8.2845>, [consultado el 08/09/2024].
- LE GUIN, U. K. (2014):** *Speech in Acceptance of the National Book Foundation Medal for Distinguished Contribution to American Letters*. [en línea], disponible en: <https://www.ursulaklequin.com/nbf-medal>, [consultado el 06/09/2024].
- (2023): *Teoría de la bolsa de la ficción*. Editorial Rara Avis.
- MACY, J., JOHNSTONE, C. (2018):** *Esperanza activa*. Ediciones La Llave.
- MARTÍNEZ, L. (2020):** *Utopía no es una isla*. Editorial Episkaia.
- MIES, M. Y SHIVA, V. (2016):** *Ecofeminismo*. Editorial Icaria.
- NACIONES UNIDAS (1972):** *Informe y Declaración de la Conferencia sobre Medio Humano en Estocolmo*. [en línea], disponible en: <https://documents-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/N73/039/07/PDF/N7303907.pdf?OpenElement>, [consultado el 08/01/2025].
- OGUNBODE, C. A. ET AL. (2022):** Climate anxiety, wellbeing and pro-environmental action: correlates of negative emotional responses to climate change in 32 countries. *Journal of Environmental Psychology*, vol. 84.
- PIERCY, M. (2020):** *Mujer al borde del tiempo*. Editorial Consonni.
- PLAYGROUND Y OSOIGO NEXT (2022):** *El futuro es Clima*. Informe de resultados.
- RODRÍGUEZ, O. (2024):** Angela Davis: La lucha continúa. *El Nacional.cat*, [en línea], disponible en: https://www.elnacional.cat/es/cultura/angela-davis-lucha-continua_1222872_102.html, [consultado el 06/09/2024].
- SOLNIT, R. (2017):** *Esperanza en la oscuridad. La historia jamás contada del poder de la gente*. Editorial Capitán Swing.
- (2020): *Un paraíso en el infierno*. Editorial Capitán Swing.

En los tiempos de la policrisis global, desde diversos ámbitos de conocimiento como son la economía, la política o la cultura se hacen esfuerzos para explorar otras formas de organización de la vida en común y de la gestión de los bienes y recursos necesarios para satisfacer las necesidades. El pensamiento y los movimientos ecofeministas realizan análisis y propuestas para transformar las sociedades y atajar la policrisis social y ecológica desde hace decenios.

Este volumen pretende recoger propuestas de corte ecofeminista a algunos de los problemas que cruzan nuestras sociedades: el potencial auge de los conflictos armados, el despoblamiento rural, las crisis urbanas, la educación, la economía social, las migraciones, el extractivismo en los territorios del sur global, la influencia en los movimientos ecologistas o las relaciones con los animales no humanos, entre otros. En todos esos ámbitos, las miradas ecofeministas proponen un cambio integral que sitúe la sostenibilidad de las vidas humanas, en un contexto de crisis ecológica, como la absoluta prioridad que pueda conducir a una transición ecosocial justa. En él se convocan a autoras de diversos sectores que plantean sus análisis y propuestas en clave ecofeminista, poniendo el foco en la juventud, tanto por escribir desde esta condición, como por centrar el análisis en sus problemáticas y necesidades. La lectura de los textos permite advertir las intersecciones y diálogos que se establecen entre ellos.

In times of global polycrisis, from different fields of knowledge such as economics, politics and culture, efforts are being made to explore other ways of organising life in common and of managing the goods and resources necessary to satisfy needs. Ecofeminist thought and movements have been carrying out analyses and proposals to transform societies and tackle the social and ecological polycrisis for decades. This volume aims to bring together ecofeminist proposals to some of the problems facing our societies, like the potential rise of armed conflicts, rural depopulation, urban crises, education, the social economy, migrations, extractivism in the territories of the global south, the influence of environmental movements and relations with non-human animals, among others. In all these areas, ecofeminist perspectives propose an integral change that places the sustainability of human lives in a context of ecological crisis as the absolute priority that can lead to a just eco-social transition. It brings together authors from different sectors who present their analyses and proposals from an ecofeminist perspective, focusing on youth, both for writing from this condition and for centring the analysis on their problems and needs. The reading of the texts allows us to notice the intersections and dialogues that are established between them.